

Los franceses no saben su ventura

Tahar Ben Jelloun, escritor. Premio Goncourt 1987 (LA VANGUARDIA, 27/05/05)

A decir verdad, el Parlamento francés podría perfectamente haber sancionado con su voto la Constitución europea. Jacques Chirac, sin sospechar las objeciones que tal proyecto suscitaría entre la opinión pública de su país, decidió someterlo a referéndum. Error estratégico, por más que quepa interpretarlo como una bendición para la democracia. Los franceses han aprovechado esta ocasión para poner en el mismo saco el motivo por el que se solicita su parecer con quien lo somete a su consideración.

En otras palabras, se han valido de esta situación para manifestar su rechazo de Chirac, de su primer ministro y, ya sobre la marcha, de la propia Constitución europea. En conclusión, se trata de una mezcla explosiva y no exenta de complicación.

Cuando Jacques Chirac apareció en televisión con un grupo de jóvenes para tratar de la cuestión, no convenció.

Lo normal. Chirac muestra un semblante excesivamente tenso y un tanto forzado, incluso puede transmitir cierta sensación de crispación ante las cámaras. Resultado: aumentó el número de partidarios del no. Hubo de aparecer en escena Lionel Jospin, ex primer ministro socialista derrotado el 21 de abril del 2002, para que el sí superara al no. Los franceses, en todo caso una parte de los franceses, no se dan cuenta de la suerte que tienen de vivir en una Europa en paz, democrática, rica y en plena evolución. Europa se amplía -se engrosa, tal vez-, pero en cualquier caso deviene una entidad que tiene algo que decir en el mundo actual. Los franceses se comportan a veces como el niño consentido que lo quiere todo y monta en cólera exigiendo que se cumplan sus caprichos.

Al igual que es importante luchar para que se mantenga el seguro universal de enfermedad y exigir buenos salarios en el caso de labores penosas, es igualmente importante resaltar que los franceses incurrirían en un grave error si rechazaran esta Constitución que, sin ser ciertamente perfecta, no es más que un marco en cuyo ámbito ningún Estado corre peligro de perder su propio espíritu e identidad. Como ha dicho el filósofo alemán Jürgen Habermas, "es comúnmente aceptado que el origen de los pueblos reside en su Constitución política".

Los franceses residentes en el extranjero o quienes viajan por motivos de negocios o turismo saben que el sistema europeo es mucho más humano que el norteamericano, para no hablar de ciertos países donde no se respetan los derechos humanos, la corrupción se infiltra en los mismos fundamentos del sistema económico y no existe derecho de huelga ni acceso gratuito al sistema sanitario.

Cabe aventurar que un factor propiciador del sí vendrá dado por el extraño conflicto de intereses entre la extrema derecha de Jean-Marie Le Pen y algunos socialistas como Laurent Fabius o comunistas como Marie-George Buffet. Tendencias opuestas bajo idéntico pabellón. ¡Qué chocante y peregrino! Le Pen está interesado por hacer fracasar todo intento de unión de los países europeos, siendo como es el adalid del repliegue sobre sí mismo y un fanfarrón y perdonavidas de extranjeros e inmigrados.

Laurent Fabius, ex primer ministro de Mitterrand, ha querido señalarse en el seno de su partido provocando de este modo una fractura de la que espera beneficiarse a la hora de la elección del

candidato a las presidenciales del año 2007. Es, a decir verdad, un juego arriesgado. Mejor idea habría tenido si -sin dejar de votar sí a la Constitución- la hubiera criticado cumpliendo con su tarea opositora frente a la derecha actual.

Pero Francia es así: a los políticos les gustan las paradojas y los contrastes, los debates inacabables; la cuestión estriba, sobre todo, en que todo se hace en función de objetivos electorales. Quienes anteponen el interés de su país al suyo propio se ven apartados de la vida política, como es el caso de Jacques Delors o Michel Rocard, personalidad tan dinámica en el Parlamento Europeo.

Ha sido menester que personalidades políticas extranjeras visiten suelo francés para echar un cable a los partidarios del sí y explicar a los franceses que sería una catástrofe para el proyecto europeo y una regresión para Francia que prevaleciera el rechazo de esta Constitución. Extraños temores y vagas desconfianzas se hallan ciertamente tras el no. Sin embargo, Francia es una sociedad que ha envejecido. Cambiar, adaptarse e incorporar reformas que la globalización torna inevitables le cuesta trabajo. Estos temores se parecen a los que algunos experimentan con relación al extranjero, aquel a quien de hecho se necesita pero no se quiere como comensal en la propia mesa.

Existe una dicha o *ventura* francesa; en otras palabras, una felicidad y contento propios del país, pero pocos franceses saborean sus mieles o la experimentan en sus cotidianas existencias. Al propio tiempo, la rigidez frente al cambio, la pesadez y el exceso burocrático, la defensa sistemática de los logros sociales -y en ocasiones de ciertos privilegios- se confabulan para que vivir en este país sea a veces difícil y trabajoso. Empresarios franceses se instalan de forma creciente en el extranjero precisamente porque el país no funciona como debería; es decir, de manera flexible y ágil, sin perder nunca de vista el respeto por la libertad.

Resta afirmar que Europa sigue siendo un símbolo de libertad aun cuando persisten desigualdades sociales, injusticias y dificultades económicas.